

910  
DG 863  
D 8  
v. 2  
1911



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## IMPRESIONES DE VIAJE

CARMELA.

(CONTINUACION.)

Concluida la cena, fué preciso hacer desaparecer sus señales, y Carmela volvió á llevar á la repostería todo lo que acababa de sacar de allí, reservándose el decir, si se aperebian de la sustraccion, que era ella la que habia tenido gana. Así la pobre niña estaba ya dispuesta á cometer por el bello herido uno de los pecados mas grandes que prohíbe la Iglesia.

Como es de imaginar, la excelente comida que acababa de hacer don Fernando no habia servido mas que de acrecer los sentimientos todavía vagos y flotantes que á primera vista habia sentido nacer en su corazón por la linda novicia. Así mientras ella bajaba á la repostería, pensaba interiormente que era una ley bien cruel

la que condenaba á un eterno celibato á una niña tan linda, y todo porque habia tenido la desgracia de tener un hermano que para sostener el honor de su rango tenia necesidad de toda la fortuna paterna.

Era una reflexion, por lo demás, enteramente nueva para él, porque mil veces habia oido hablar de sacrificios semejantes y jamás habia fijado su atencion en ello. ¿En qué consistia, pues, que ahora el conde de Terra-Nova le parecia un tirano junto al cual Dionisio el Antiguo era á sus ojos un personaje piadoso y lleno de humanidad?

Cuando Carmela volvió á entrar en el cuarto del herido, lo primero que llamó su atencion fué la expresion á la vez tierna y apasionada de su mirada. Así que se detuvo despues de haber dado tres ó cuatro pasos, como si vacilase en volver á tomar el asiento que ocupaba cerca de su lecho; pero el conde la invitó á ello con una mirada tan suplicante que no tuvo fuerza para resistirse.

Por mas alto que el hombre se eleve con su imaginacion, siempre hay en él un lado material que no pueden elevar por largo tiempo las alas del amor, de la poesía ó de la ambicion. El lado material tiende á la tierra como el otro tiende al cielo; pero mas pesado que este, arrastra sin cesar al hombre á la esfera de las necesidades físicas. Así es como, cerca de una mujer encantadora, el pobre don Fernando habia pensado lo primero en su hambre, y como satisfecha aquella necesidad de su debilidad se halló incontinentemente atacado por el sueño. Sin embargo, preciso es decirlo para gloria suya, en

lugar de ceder á este segundo adversario como al primero, procuró luchar contra él. Pero la lucha fué corta y desgraciada, viéndose obligado á rendirse; cogió con las suyas las manitas de Carmela, y se durmió apoyando en ellas sus labios.

Disfrutó un largo, dulce y apacible sueño, lleno de fantasmas encantadoras y se despertó con la sonrisa en los labios y el amor en los ojos. La pobre niña le habia mirado largo tiempo dormir, hasta que por último tuvo sueño á su vez. Habia querido entonces retirar sus manos para acomodarse mejor en su poltrona; pero sin despertarse las habia retenido el herido y descansaba dulcemente teniéndolas en las suyas. Entonces Carmela no se habia sentido con valor para contrariarle, se habia apoyado dulcemente en la almohada, sobre la que se habian dormido aquellas dos cabezas encantadoras.

Se despertó primero don Fernando; al abrir los ojos la primera cosa que vió, fué á aquella jóven bonita dormida, teniendo tambien sin duda algun sueño; pero probablemente menos dulce y menos risueño que los suyos, porque se deslizaban las lágrimas á través de sus cerrados párpados: un estremecimiento contraia sus pálidas mejillas y un ligero temblor agitaba sus labios; bien pronto sus facciones tomaron una expresion de espanto indecible, todo su cuerpo parecia presa de una lucha desesperada y algunas palabras sin sentido se escaparon de su boca. En fin, dando un gran grito llevó tan violentamente las manos á su cabeza, que aplastó su toca de novicia y sus largos cabellos cayeron por su

espalda; al mismo tiempo este paroxismo de doler la despertó, abrió sus ojos y se encontró en los brazos de don Fernando. Entonces arrojó un segundo grito, y parecía tan dichosa, que cuando el convaleciente apoyó sus labios en sus bellos ojos húmedos todavía, no tuvo valor para defenderse y le dejó estampar otro beso.

La pobre niña soñaba que su padre la obligaba á pronunciar sus votos, y no se habia despertado hasta que habia visto las tijeras cerca de su cabellera. Refirió, agitada todavía por el dolor, este triste sueño á don Fernando, que mientras tanto besaba aquellos largos cabellos que ella habia tenido tan gran miedo de perder, jurando en su interior, que mientras él viviera, no permitiría que cayera uno solo de su cabeza.

Habia llegado la hora en que Carmela debia dejar al herido. Como segun todas las probabilidades debia estar curado antes que volviera á tocarle su turno de guardia, le dejaba para no volverle á ver ya, fué un dolor real que se añadió al dolor imaginario que acababa de experimentar. Don Fernando hubiera podido tranquilizarla; pero con su salud le habia vuelto su egoismo y no queria perder nada del beneficio de aquella separacion que la jóven creia eterna: habia dejado esta que los labios de don Fernando tocasen sus manos y sus ojos, ella no procuró defender sus mejillas pálidas y abrasadas: por otra parte, hasta entonces, ¿qué eran todos aquellos besos, sino besos de amigo y de hermano?

Acababa de salir la jóven cuando apareció la digna

abadesa; mas en lugar de confesar aquella mejoría, aquel sentimiento de fuerza que experimentaba, se lamentó don Fernando de una debilidad mas grande que la vispera. Su tia alarmada le preguntó si no habia estado bien asistido por su enfermera de por la noche; don Fernando respondió que al contrario, desde que estaba en el convento, no habia sido objeto de cuidados tan inteligentes y tan solícitos, tanto que no podia menos de rogar á su tia le dejase por enfermera la misma jóven en las noches siguientes. Don Fernando pronunció esta súplica con una voz tan tierna y lánguida, que la buena abadesa, temiendo contrariar á un enfermo que se hallaba en aquel estado de debilidad, se apresuró á tranquilizarle diciéndole, que puesto que aquella vigilante le convenia, no tendria otra; y añadió, que si las continuadas vigiliass fatigaban demasiado á la jóven, se la dispensaria de los maitines, y aun de los rezos del dia.

Tranquilizado sobre este punto, don Fernando atacó por otro; dijo á su tia que aquella debilidad grande que experimentaba, provenia sin duda de la falta absoluta de alimento. La buena abadesa reconoció que efectivamente, un jóven de veinte años no podia vivir con el caldo de ranas, dulce y conserva; prometió enviarle además de eso, por el dia, caldos de gallina y un poquito de pescado. En seguida, como sus deberes la llamaban á la iglesia, se separó del enfermo, dejándole un poco animado con aquella doble promesa.

Apenas dejó solo á don Fernando, quiso ensayar este sus fuerzas. Seis dias antes la misma tentativa le habia salido mal; pero ahora se arrojó á ella animosamente y

con honra suya. Después de cerrar la puerta con cuidado para no ser sorprendido en una ocupacion que hubiese probado que no estaba tan enfermo como habia querido hacer creer, dió muchas vueltas por su cuarto sin desvanecerse, y solo con un resto de debilidad, que desaparecia á no dudarlo, gracias al tratamiento fortificante que habia adoptado. En cuanto á su herida estaba completamente cerrada, y las cicatrices ya no se conocian. Terminada esta investigacion, don Fernando se dedicó á arreglarse con un cuidado que probaba que tenia otras ideas que las que hasta aquel dia le habian preocupado exclusivamente: peinó y perfumó sus bellos cabellos negros que su ayuda de cámara no habia ni peinado ni empolvado desde la noche en que fué herido, y que no sentaban peor á su rostro porque hubiesen vuelto á adquirir su color natural; después volvió á abrir la puerta, se metió en la cama, y aguardó lo que sucediese.

La superiora cumplió con una fidelidad escrupulosa la promesa que habia hecho, y don Fernando vió llegar á la hora convenida el caldo sustancioso, las hebras de pescado, y además un vasito de moscatel de Lipari, de que no se habia dicho nada en el tratado. Todo esto, es verdad, estaba distribuido con la parsimonia del temor; pero lo poco que habia allí era de una completa suculencia. Aquella sombra de comida estaba lejos, sin embargo, de ser suficiente para satisfacer el hambre de don Fernando, pero era bastante para sostenerle hasta la noche, y á la noche ¿no tenia á su buena Carmela para poner á su disposicion toda la repostería?

Esta vez fué Carmela un poco mas pronto que la vispera. La pobre niña no ocultó la alegría que habia experimentado cuando habia sabido que la abadesa, á consecuencia de la súplica de don Fernando, la designaba en lo sucesivo como única enfermera del enfermo. En su reconocimiento, corrió derecha al lecho del jóven, y esta vez ella misma, y como si fuese una cosa que le era debida, le presentó sus dos mejillas. Fernando aproximó á ellas sus labios, tomó las manos de Carmela, y la miró con tan dulce y tierna sonrisa, que le pobre niña, sin saber lo que decia, murmuró: ¡Oh! ¡soy muy feliz! y cayó en el asiento, cerca del lecho, con la cabeza apoyada en el respaldo de la poltrona que la recibió.

Y Fernando tambien era muy feliz, porque era la primera vez que amaba verdaderamente. Todos sus amores de Palermo no le parecian al presente sino falsos amores; para él no habia mas que una mujer en el mundo, y esa era Carmela. Debemos confesar á la vez que para entregarse completamente á aquel delicioso sentimiento del que comenzaba solo á apreciar la dulzura, comprendió que le era preciso desembarazarse antes de aquella hambre que le atormentaba. Mirando, pues, á Carmela lo mas tiernamente que pudo, reprodujo su súplica de la vispera, conjurándola, sin embargo, esta vez que llevase el pollo intacto y la botella llena.

Carmela estaba en esa disposicion de espiritu en que las mujeres no discuten ya, sino que obedecen ciegamente. Pidió solo una suspension, á fin de estar segura

de no encontrar á nadie en las escaleras ó en los corredores. La espera se pasó fácilmente. Los jóvenes hablaron de mil cosas que querian decir tan claro como el día que se amaban; despues, cuando Carmela creyó llegada la hora, salió de puntillas, con una vela en la mano, y ligera como una sombra.

Un instante despues volvió llevando un servicio completo; pero ahora, preciso es decirlo en honor de Fernando, sus primeras miradas se dirigieron á la linda proveedora y no á la cena que llevaba. Y sin embargo, la cena bien valia la pena: se componia de una excelente polla, una botella alta y de cuello largo, y una pirámide de aquellas frutas que Narsés envió como muestra á los bárbaros que queria atraer á Italia.

— Tomad, dijo Carmela dejando el servicio sobre la mesa, os he obedecido porque sin saber la causa, no encuentro palabras para negarme á vos; pero ahora; en nombre del cielo! sed prudente, y pensad cuán desgraciada seria si mi condescendencia para con vos os hiciese recaer.

— Escuchad, dijo don Fernando, hay un medio de aseguraros de que no haré un exceso.

— ¿Cuál? preguntó la joven.

— El de participar de la cena vos. Será una obra de caridad, puesto que imposibilitareis á un pobre enfermo caer en el pecado de la gula; y si se ha de creer en las apariencias, añadió arrojando una mirada á la polla, ¡y bien! no será una penitencia demasiado cruel por los demás pecados que habreis cometido.

— Pero si no tengo gana, dijo Carmela,

— Entonces el acto será mucho mas meritorio, replicó don Fernando; os sacrificareis por mí, hé ahí todo.

— Pero, replicó aun la religiosa, ya un poco dispuesta á dar al enfermo aquella nueva prueba de abnegacion, hoy es miércoles, día de viernes, y no nos es permitido comer de carne sin dispensa.

— Ved respondió don Fernando extendiendo su índice en direccion de la péndola que señalaba precisamente las doce, y dando con una pausa el tiempo para que diesen las doce campanadas; ved, estamos en jueves, día de carne; ya no tenéis, pues, necesidad de dispensa, y tendreis la conciencia mas tranquila con un pecado menos y una buena accion mas.

Carmela nada respondió, porque, como hemos dicho, no tenia ya otra voluntad que la de don Fernando; tomó, pues, una silla, y se sentó al otro lado de la mesa frente á él.

— ¡Oh! ¿qué haceis? dijo el joven. ¿No veis que estais muy lejos de mí y no podré alcanzar nada sin peligro de hacer un esfuerzo que pueda volver á abrir mi herida?

— ¡Es verdad! exclamó Carmela con espanto; mas decidme entonces dónde debo ponerme, y me pondré.

— Aquí, dijo don Fernando indicándola el borde de su cama, aquí, cerca de mí; de esta manera no me fatigaré, y vos no tendreis que temer por mí.

Carmela obedeció ruborizándose, y fué á sentarse sobre el borde de la cama del joven, acaso conociendo

que hacia mal, pero cediendo á ese principio de la caridad cristiana que exige que se tenga piedad con los enfermos y los afligidos. La intencion era buena, pero como dice un antiguo proverbio, el infierno está lleno de buenas intenciones.

Y sin embargo, era un cuadro digno del paraíso aquellos dos bellos jóvenes, próximos el uno al otro como dos pájaros en un mismo nido, mirándose con amor y sonriendo de felicidad. Jamás ni uno ni otro habian hecho una cena tan encantadora ni comprendido que hubiese tan misteriosas delicias ocultas en un acto tan sencillo como aquel á que se entregaban. El mismo don Fernando, por mas placer que hubiese tenido el dia anterior calmando aquella hambre espantosa que le atormentaba hacia largo tiempo, no habia sentido sino el placer material de la necesidad satisfecha; pero ahora era otra cosa, se mezclaba á aquel placer material una voluptuosidad desconocida y casi celestial. Los dos sentian cierta opresion como si sufriesen, los dos eran dichosos como si estuviesen en el cielo. Carmela conoció el peligro de aquella posicion; un último instinto de pudor, un último grito de la virtud, la dió fuerza para levantarse con el objeto de separarse de don Fernando; pero don Fernando la contruvo, y ella cayó sin fuerza y sin resistencia. Pareció á Carmela entonces que oia un débil grito, y que el roce de dos alas desfloraba su frente. Era el ángel custodio de la castidad del claustro que se remontaba al cielo todo desolado.

A la mañana siguiente la superiora, al entrar en el

cuarto de su sobrino, le anunció un mensaje de su madre, y detrás de ella vió don Fernando aparecer á Peppino.

Don Fernando habia olvidado todo desde la vispera para concentrarse en si mismo y vivir en su felicidad: aquella visita le recordaba todo lo que habia pasado, y hubo un instante en que todo esto no le pareció mas que un sueño; su vida real no habia comenzado sino desde el dia en que habia visto á Carmela, en que habia amado y era correspondido. Pero Peppino, apareciendo de repente como un fantasma, era sin embargo una seria y terrible realidad: su presencia recordaba á don Fernando que le faltaba aclarar el misterio de la capilla. Así en presencia de su tia, echó una ojeada sobre la carta materna que le llevaba. Esta carta anunciaba que todo iba perfectamente respecto á la justicia: antes de un mes esperaba la marquesa que su hijo podria volver con entera libertad á Siracusa. Cuando don Fernando estuvo solo con Peppino, se informó de si habia pasado algo de nuevo en Belvedere desde la noche en que fué herido.

Todo permanecia en el mismo estado; se continuaba ignorando el nombre del muerto, al que se habia dado sepultura despues del proceso verbal para certificar de sus heridas; nadie habia entrado desde entonces en la capilla, y los aldeanos que habian pasado cerca de aquel lugar por la noche, decian haber oido lamentos y ruidos de cadenas que parecian salir de la tierra, prueba bien evidente de que el difunto habia muerto en pecado mortal, y que su alma volvía á pedir oraciones al que

tan violenta é inopinadamente la habia hecho salir de su cuerpo.

Todos estos datos despertaron en don Fernando su primer deseo de llevar á cabo aquella extraña aventura. Herido y sujeto en su lecho, no habia, voluntariamente al menos, perdido un tiempo que podria ser precioso; pero al presente que se sentia casi curado, ahora que habia recobrado sus fuerzas, cuando ya no tenia otra causa de dilacion que su voluntad, resolvió intentar la empresa tan pronto como le fuese posible. En consecuencia mandó á Peppino guardar secreto y volver de allí á dos dias por la noche, con dos caballos y una escala de cuerda. Don Fernando, como se comprende, queria evitar contestaciones con la tornera del convento, que sin duda tendria órden formal de no dejarle salir; habia, pues, resuelto saltar por las tapias del jardin con la ayuda de la escala que le echase Peppino.

Peppino prometió todo lo que el jóven conde quiso. Segun las órdenes que le habian sido dadas de antemano, tenia preparadas en el pabellon que habitaba antorchas, tenazas, limas y alicates. Todo quedó, pues, convenido para de allí á dos dias por la noche: los caballos aguardarian cerca de la pared exterior, Peppino daria tres palmadas, y repetida la misma señal por don Fernando, arrojaria la escala por encima de la pared.

A sar de este proyecto, y aun á causa de este proyecto, don Fernando no dejó de seguirse fingiendo muy deteriorado por aquella gran debilidad; por otra parte, conseguia dos cosas con aquel fingimiento; la

primera prolongar las veladas de Carmela á su lado, y la segunda alejar de su tia toda sospecha de que él tenia el pensamiento de huir. La astucia tuvo un éxito completo: la pobre mujer le habia encontrado tan desfallecido, que volvió á la noche para saber cómo se encontraba; don Fernando la dijo que habia tanteado van-tarse, pero que no pudiendo tenerse de pié, se habia visto obligado á acostarse otra vez inmediatamente. La buena abadesa reprendió mucho á su sobrino aquella imprudencia, y le preguntó si continuaba satisfecho con su enfermera; el conde respondió que habia dormido toda la noche, y que por consecuencia no podia decirle nada sobre ese punto; que sin embargo, habiendo despertado una vez, recordaba haberla visto despierta tambien y orando; la abadesa levantó los ojos al cielo, y se retiró enteramente edificada. De este informe resultó que Carmela recibió el permiso de ir al lado del enfermo una hora mas pronto que de costumbre.

Fué una grande alegría volverse á ver, y sin embargo Carmela habia llorado todo el dia. Por lo que hace á don Fernando, no habia experimentado ni pesar ni remordimientos; y Carmela le encontró con la fisonomía tan alegre, que no tuvo valor para entristecerle con su propia tristeza. Por otra parte, apenas la mano del jóven tocó la suya, apenas sus ojos cambiaron una mirada, apenas los labios de don Fernando tocaron los suyos pálidos aunque ardientes, cuando todo lo olvidó.

El dia que siguió á aquella noche se pasó como los otros: solo que jamás don Fernando se habia sentido mas en la plenitud de la dicha: amaba tanto como era

amado. Luego llegó la noche, y el día todavía sucedió á la noche; era la última que don Fernando debía pasar en el convento. A la noche siguiente, Peppino debía ir á buscarle con los caballos.

Don Fernando no había tenido valor para decir nada á Carmela: por otra parte, temia que, por dolor ó por debilidad, le hiciese traicion. Cuando vió aproximarse la hora en que creia que Peppino debía llegar de Catania, fué á la ventana, la abrió, y enseñando á Carmela aquel cielo estrellado, le preguntó si no tendria placer en bajar con él al jardin á respirar juntos aquel aire puro impregnado de miasmas marinos. Carmela queria todo lo que deseaba Fernando. Para ella la felicidad consistia no en estar en tal sitio, ó en respirar tal ó cual aire; su felicidad consistia en estar cerca de él y respirar el mismo aire. Se contentó, pues, con sonreír y responder: Vamos.

Don Fernando se vistió, metió en el bolsillo la llave de la sombría galeria y bajó al jardin, apoyado en el brazo de Carmela. Fueron á sentarse bajo un enramado de adelfas. Entonces don Fernando preguntó á Carmela si sabia los detalles del suceso al que debia la dicha de verle. Carmela no sabia mas que lo que todo el mundo sabia, pero le dijo que se tendria por muy feliz oyéndoselo contar á él mismo. En seguida pasó un brazo al rededor de su cuello y apoyando la cabeza en su hombro, como esas pobres flores que se inclinan despues de un día demasiado ardiente, aguardó sus palabras como la dulce brisa, como el fresco rocío, que debia hacerla levantar la cabeza.

Don Fernando le refirió todo, desde su primer encuentro con Cantarello hasta el duelo. Durante la relacion, la pobre Carmela pasó por todas las angustias del amor y del terror. Don Fernando la sintió aproximarse á él, horrorizarse, estremecerse, temblar. En el momento en que el jóven refirió la estocada recibida, arrojó ella un grito y faltó poco para que se desmayase. Al fin, en el momento en que acababa de terminar su relacion, y cuando la tenia desolada en sus brazos, resonaron tres palmadas al otro lado de la pared, Carmela se estremeció.

— ¿Qué es eso? exclamó.

— ¿Me amas, Carmela? preguntó don Fernando.

— ¿Qué señal es esa? repitió otra vez la jóven. No me engañes, Fernando, soy mas fuerte que lo que crees. Solo si dime toda la verdad; sepa yo lo que tenga que esperar ó temer.

— ¡Pues bien! es Peppino que viene á buscarme.

— ¿Y marchas? preguntó Carmela. Y palideció de tal modo, que don Fernando creyó que se le iba á morir.

— Eseucha, le dijo inclinándose sobre su oído. ¿Quieres partir conmigo?

Carmela se estremeció y se levantó vivamente; pero al punto volvió á dejarse caer.

— Oye, Fernando, le dijo, ó me amas ó no; si no me amas, que permanezca aquí ó que te siga, no por eso dejarás de abandonarme, y yo quedaré perdida á un mismo tiempo á los ojos del mundo y á los ojos de

Dios : si me amas, sabrás perfectamente venir á bus-  
carme, con el permiso y el reconocimiento de mi pa-  
dre, ¿no es verdad? Y el día en que te vuelva á ver,  
Fernando, en que te vuelva á ver para llamarte mi ma-  
rido, caeré de rodillas delante de tí, porque me habrás  
vuelto el honor y la vida. Si no te vuelvo á ver, moriré,  
y nada mas.

Fernando la cogió en sus brazos.

— ¡Ob! ¡si! ¡si! exclamó cubriéndola de besos, sí,  
está tranquila, yo volveré.

La señal se repitió.

— ¿Oyes? dijo Carmela, te aguardan.

Fernando respondió dando á su vez otras tres palma-  
das, y un rollo de cuerda, lanzado por encima de la pa-  
red, cayó á sus piés.

Carmela exhaló un suspiro que semejaba un gemido  
y su dolor se escapó de su pecho en sollozos tan pro-  
fundos y sordos, que don Fernando, que habia dado ya  
un paso hácia la escala de cuerda, volvió hácia ella, y  
pasándole el brazo por su cintura y aproximándole há-  
cia sí :

— Oye, Carmela, la dijo, di una palabra, y no te  
abandono.

— Fernando, respondió la jóven recobrando todo su  
valor, tú lo has dicho, algun extraño misterio se halla  
oculto en aquel subterráneo, acaso alguna criatura viva  
está allí sepultada ; y piensa en eso, Fernando, piensa  
en eso ; hace catorce dias que Cantarello ha muerto y  
que tú estás herido, y despues de catorce dias ¡oh!  
¡Dios mió! es espantoso pensarlo... Parte, Fernando,

parte; porque si yo retardase tu partida un segundo,  
acaso te volveria á ver aparecer con un semblante se-  
vero y acusador, acaso la primera palabra que me di-  
rigirias seria : ¡ Carmelá ! tuya es la culpa. ¡ Parte !  
¡ parte !

Y la jóven se habia lanzado al lio de cuerdas y desar-  
rollaba la escala que debia arrebatarla todo lo que  
amaba en el mundo. Aquella doble vista, que á nadie  
pertenece mas que al corazon de la mujer, la habia  
hecho adivinar que pasaba en la capilla alguna doloro-  
sa catástrofe. Don Fernando, que al principio no se  
habia fijado mas que en la idea de que el subterráneo  
encerraba algun tesoro sustraído, algun monton de ob-  
jetos robados, comenzó á entrever otra probabilidad.  
Aquellos gritos de dolor, aquel ruido de cadenas que  
los aldeanos habian tomado por lamentos de Cantarello,  
se agolpaban á la imaginacion, y á su vez se echaba en  
cara haber tardado tanto, comprendiendo todo lo que  
habia de admirable valor y de sublime caridad de parte  
de Carmela en aquella abnegacion de si misma que  
hacia que en lugar de retenerle, apresurase su partida.  
Conoció que la amaba mas y tomándola en sus bra-  
zos :

— Carmela, la dijo, te juro delante de Dios que nos  
oye....

— ¡ Nada de juramento ! ¡ nada de juramento ! dijo  
la jóven tapándole la boca con su mano, sea tu amor  
el que te traiga, Fernando, y no la promesa que me  
hayas hecho. Dime : está tranquila, Carmela, yo volve-  
ré, Nada mas, y creeré en tí como creo en Dios.

— Está tranquila, yo volveré, murmuró el jóven, apoyando sus labios sobre los de su querida, ¡oh! sí, yo volveré; y si no vuelvo, es que habré muerto.

— Entonces, dijo la jóven sonriendo, estoy tranquila, no estaremos separados largo tiempo.

Peppino repitió por segunda vez la señal.

— Sí, sí, ¡héme aquí! exclamo Fernando lanzándose sobre la escala de cuerda y subiendo rápidamente sobre el caballete de la pared.

Llegado allí, se volvió y vió á la jóven de rodillas, y con los brazos levantados hácia el cielo.

— ¡Adios, Carmela! la dijo, adios, ¡mi esposa delante de Dios y muy pronto delante de los hombres!

Y saltó al otro lado de la pared.

— Hasta la vuelta, murmuró una voz débil; hasta la vuelta, te espero.

— Sí, sí, respondió Fernando. Saltó sobre el caballo que le había llevado Peppino, le hundió las espuelas en el vientre y se lanzó, seguido del jardinero, por el camino de Siracusa, temiendo, si permaneciese allí mas tiempo, no tener valor para marchar.

## EL SUBTERRANEO.

Dios libró á don Fernando y á Peppino de todo mal encuentro, y al amanecer llegaron á Belvedere.

Sin entrar en la aldea, se dirigieron al instante hácia la puertecita del jardin y encerraron los caballos en la cuadra; cogieron las antorchas, el alicate, las tenazas y la lima y avanzaron hácia la capilla. Como temores supersticiosos continuaban alejando á los curiosos, á nadie encontraron en el camino y entraron sin ser vistos.

La impresion fué profunda para don Fernando cuando se encontró allí donde había experimentado tan violentas emociones y corrido tan terrible peligro; no por eso se dirigió con paso menos firme hácia la puerta secreta; pero por donde iba reconoció las manchas secas de la sangre de Cantarello que coloreaba todavía las losas de mármol en toda la parte del pavimento próximo á la capilla, al pié de la que había caído. Don Fernando se volvió con un estremecimiento involuntario, describió un círculo mirando de lado y en silencio, aquella huella que la muerte había dejado á su paso, y